

EL TRATADO ENTRE MARRUECOS Y TÚNEZ Y EL PANMAGREBISMO

Desde que Marruecos y Tunicia han recobrado la independencia se observa en ambos países un esfuerzo de aproximación que se impone como una orientación nueva de sus políticas exteriores. En efecto, aparte de la amistad fraternal que, al menos teóricamente, rige las relaciones entre países musulmanes, la Historia apenas si registra contactos políticos entre los Sultanes marroquíes y los Beys tunecinos. La causa principal de que así fuera es que desde la segunda mitad del siglo XVI Tunicia se convirtió en dependencia de un Imperio otomano al que no cesaron de oponerse los Sultanes en sus áreas de poder o influencia. Sin duda, al pasar de los siglos y acentuarse la decadencia de la Sublime Puerta, se hicieron más laxos los vínculos que la unían a Tunicia, llegando ésta a gozar prácticamente de la autonomía. Pero la época de esplendor otomano había impuesto a Tunicia una actitud política que la mantuvo en la órbita turca y, por extensión, medio-oriental, hasta que Francia logró el Protectorado de la Regencia.

Otra fué la suerte de Marruecos. El período de preponderancia de Turquía en el Mediterráneo y el litoral africano hasta Orán, en poder de los españoles, coincidió con el punto álgido de la expansión portuguesa por las costas marroquíes. La tenacidad con que Marruecos luchó para arrojar a Portugal de su suelo no le impidió oponerse con similar energía a la voracidad turca, aun considerando que el Imperio otomano era musulmán. A partir de la derrota turca de Uad Leben (1558), puede decirse que la Sublime Puerta había perdido toda posibilidad de incluir a Marruecos en su cuantioso botín de guerras y rapiñas. Cesó de ser una amenaza y apenas si fué un polo de atracción para Marruecos, que, ora a gusto, ora a disgusto, quedó en la órbita europea, como lo prueban las relaciones mantenidas con diversas potencias cristianas.

De ahí que, aparte de contactos episódicos o individuales entre la Regencia y el Imperio marroquí, no se registren en el pasado hechos con claro contenido político. Sin duda, el Sultán Soleimán Ben Mohamed recibió en 1811

la embajada tunecina del Chej Ibrahim Riaha, pero nada concreto siguió a esta visita. Ni la ocupación de Argel ni la campaña que Francia hubo de hacer para dominar ese territorio movieron a los dos países a acercarse, recordando el refrán hispano-norteafricano de: «Cuando las barbas de tu vecino vieras pelar, echa las tuyas a remojar.» Tan sólo posteriormente a la derrota sufrida por los marroquíes frente al ejército francés en Uad Isly (1844) y una vez que Francia se consolidó en Argelia, sintió el Sultán Abderrahmán veleidades de estrechar las relaciones con Tunicia y, en 1855, envió una embajada al Bey. No cuajó la iniciativa en decisiones de orden práctico que, por otra parte, ninguno de los dos países estaba en condiciones de hacer efectivas. Poco después, la intromisión de ciertas potencias europeas en los asuntos tunecinos provocó violentas reacciones, cuyo resultado fué un rebrote de lealtad hacia Turquía. Es decir, que, en vísperas de convertirse en Protectorado, la Regencia estaba ubicada con mayor vigor en las áreas de influencia turca, en tanto que Marruecos iniciaba, exclusivamente entre naciones europeas, un juego de balancín, como único medio de sortear los escollos en que finalmente se estrelló su independencia.

No obstante la falta de antecedentes formales para «reforzar los lazos de cooperación y solidaridad entre los países de Africa del Norte», según se declara en el Tratado de Fraternidad y Solidaridad firmado entre Tunicia y Marruecos el 30 de marzo de 1957, no cabe decir que esta orientación es una improvisación de los países independizados. A fuerza de rebuscar en el pasado motivos para fundamentar el incipiente nacionalismo occidentalizado del Norte de Africa se tropezó con los almohades. De hecho, aunque fuera temporalmente, los almohades unificaron al Magreb y crearon la gran nación magrebí. Este panmagrebismo se impuso como un ideal más asequible y realizable que el panarabismo, en primer lugar por motivos geográficos y por la circunstancia política de que la casi totalidad del Magreb había de vérselas con la misma potencia extramagrebí: Francia.

La primera manifestación práctica del panmagrebismo coincidió con la fundación, en 1927, de «La Estrella Norteafricana», por el argelino Mesali Hayy. En efecto, al principio, militaron en esta asociación lo mismo argelinos que marroquíes y tunecinos residentes en Francia. Del ambiente proletario en que se desarrolló y perfiló el nacionalismo argelino, la idea panmagrebí saltó a los círculos estudiantiles de los tres países norteafricanos. En 1930, centenario de la conquista de Argel por Francia, como reacción y protesta contra la conmemoración de la victoria francesa, los estudiantes norteafricanos celebraron un Congreso en que sonaron reiteradamente las palabras

«independencia» y «unidad magrebí». Se repitió en los años siguientes con más o menos brillantéz, teniendo lugar en Tremecén el V, en 1935, y el VI en Tetuán, en octubre de 1936, organizado por Abd-el-Jalak Torres, jefe del Partido Reformista. En ambos se abogó en favor de «una unidad nacional en el Norte de Africa» y «del restablecimiento de los lazos entre las tres regiones distintas de Tunicia, Argelia y Marruecos». Claro es que tales lazos no habían vuelto a existir en lo político desde los almohades; pero esta circunstancia no arredró el entusiasmo de los estudiantes norteafricanos, que, alzados contra la presencia gala en sus respectivos suelos, tomaban conciencia en el siglo XX de la fundamental unidad magrebí a través de la tendencia francesa a la organización unitaria del Norte de Africa.

Preparado el terreno del panmagrebismo, en 1937 se fundó la Asociación de los Estudiantes Musulmanes Norteafricanos, apadrinada por Chekib Arslán, al que tanto debe el nacionalismo norteafricano, Mesali Hayy, Habib Burguiba y el representante del Comité de Acción Marroquí, Mohamed El Jolti. Por su parte, los partidos políticos ya habían manifestado un propósito unitario semejante. En 1936 había habido tanteos entre La Estrella Norteafricana (que paulatinamente se había convertido en expresión exclusiva del nacionalismo argelino), el Comité de Acción Marroquí y el Neo-Destur. La solidaridad magrebí se manifestó públicamente por vez primera con las huelgas que se desencadenaron en 1937 en Tunicia para protestar contra las medidas que el Gobierno francés había tomado contra el nacionalismo en Marruecos y Argelia (prohibición del Comité de Acción Marroquí y disolución de La Estrella Norteafricana). Tan pronto como el nacionalismo argelino renació de las cenizas de la disuelta Estrella Norteafricana, con el nombre de Partido del Pueblo Argelino (P. P. A.), Mesali Hayy se esforzó en constituir un frente único de lucha comprensivo de todos los magrebíes. La guerra mundial impuso un tiempo de pausa al gran proyecto de creación de un Magreb unido en primer término para lograr su independencia. Pero no había caído en el olvido. En el Manifiesto del Pueblo Argelino (1943) no se excluyó la posibilidad de crear una Federación norteafricana.

La idea pasó del plano de lo puramente verbal al de las realizaciones modestas cuando se creó en El Cairo (marzo de 1947) la Oficina del Magreb. Vinculada a la Liga Árabe, cuyo prestigio era entonces intacto, comprendía representantes de los tres países magrebíes, preferentemente dedicados a la propaganda. Uno de sus miembros era Habib Burguiba. Poco después llegó a El Cairo Al-lal El Fassi, jefe del Istiqlal. Pero la circunstancia de que los problemas propios a cada nacionalismo norteafricano se diluyeran en el

magrebismo y éste, a su vez, en el panarabismo, junto con disensiones personales, llevaron a Habib Burguiba a apartarse del Grupo magrebí-cairota. Entre tanto, éste había constituido un Frente de Liberación del Norte de Africa y el Comité del Magreb sobre la base del llamado Pacto de El Cairo, aceptado por los dirigentes de los partidos nacionalistas norteafricanos.

Exponente de la actividad de ese Comité fué que, detrás de todos los episodios políticos o sangrientos de la lucha norteafricana contra Francia, se impuso su sombra, ello aun después de logrado la independencia en Marruecos y Tunicia¹. Sin embargo, apenas iniciada, la unidad de acción magrebí sufrió un golpe al implantar Francia en 1951 reformas en la Regencia y aceptar el Neo Destur su participación en el Gobierno constituido a raíz de las mismas. En efecto, uno de los puntos del citado Pacto exigía no entablar por separado negociaciones con Francia. Desde aquella época, la política de Habib Burguiba, acertada desde el punto de vista nacional tunecino, despertó la suspicacia y el rencor del Comité, en la actualidad muy desvaído por haber recobrado su independencia dos de los países afectados por la dominación extranjera.

Argelia es, pues, el único territorio que queda por liberar. De ahí que los antiguos componentes del Comité de El Cairo, hoy en el poder, directamente o por terceras personas, no cejen en el deseo de lograr la total independencia del Norte de Africa que, no sin visos de acierto, estiman ser la condición indispensable de la independencia de sus propios países. Más allá de las razones geográficas, religiosas, raciales y sentimentales que unen a los pueblos magrebíes e influyen en los Gobiernos de Túnez y Rabat, existe el temor a que Argelia, «parte integrante de Francia», pueda servir de cabeza de puente destinada a gravitar sobre las soberanías recién recobradas².

La solución del problema argelino ha sido, por tanto, el quehacer común que se ha impuesto a Marruecos y a Tunicia al iniciar el camino de su independencia; quehacer que, de modo natural y lógico, se insertó en una concepción unitaria del Magreb. A este respecto estimamos que el lejano recuerdo almohade tiene escaso valor operante en la continuidad de que ha

¹ El Ejército de la Liberación de Marruecos, señaladamente, siguió y sigue actuando en la línea del Comité de El Cairo. Otro tanto acaece con los combatientes argelinos en parte comprendidos en el F. L. N.

² Hay circunstancias ajenas a Argelia que pueden crear las condiciones previas de establecimiento de un neo-protectorado. La tutela económica es la forma moderna del colonialismo, llamada a sustituir a la tutela política anterior.

dados pruebas el panmagrebismo. La realidad es que, de no haber existido una organización político administrativa llamada el Africa del Norte Francesa y no haber convergido hacia un solo punto, Francia, los esfuerzos de los distintos nacionalismos del Magreb, el panmagrebismo se hubiera desvanecido en meros propósitos, como acaeció con el panarabismo. Estas circunstancias explican, creemos, la respetable carga de francofilia que contiene el ideal panmagrebí, aunque parezca ser anti francés cuando se trata de Argelia. De suerte que para considerar a buena luz las relaciones de Marruecos y Tunicia con Francia en función del problema argelino, no se debe perder de vista que, dentro del magrebismo hay una corriente profunda que no cesa de fluir hacia la antigua Metrópoli, independientemente de unos acontecimientos políticos que, a veces, dejan aquélla al descubierto y, a veces, la ocultan, lo cual explica las desconcertantes alternativas de las relaciones franco-marroquíes y franco-tunecinas.

Bajo el imperativo de las opiniones populares y no bien recobrada la independencia, los Gobiernos de Rabat y Túnez se vieron en el trance de abordar oficialmente la cuestión argelina en busca de una solución. En este sentido se orientó la labor diplomática del embajador marroquí en Tunicia, donde había presentado sus cartas credenciales en agosto de 1956. Su actividad dió por resultado una invitación hecha a Mohamed V para trasladarse a Túnez y celebrar una conferencia destinada a coordinar las diplomacias de los dos países con vistas a una acción conjunta. Todo ello en el marco de un Magreb unido del que no se consideró que Argelia estaría ausente, puesto que se había previsto la presencia de los delegados de uno de los bandos del nacionalismo argelino, el F. L. N. Sin embargo, el ideal panmagrebí no neutralizó el afán de *leadership* que anima a los países, aun cuando proclaman su decisión de rebasar el nacionalismo o ambición y vanidad nacional y crear una Federación o Comunidad. Marruecos, en particular, desplegó una intensa actividad para tener decididamente captada la delegación argelina frente a una Tunicia que se presentase sola a la Conferencia. El Príncipe Muley Hassan no regateó esfuerzos, trasladándose a París y tomando contactos con personalidades políticas francesas para que el Gobierno francés reconsiderara su posición en el problema argelino. No lo logró, pero sí hirió la susceptibilidad francesa aferrada a la tesis de la «cuestión doméstica». Además, el mencionado recelo del Comité cairota hacia Habib Burguiba y el «burguibismo»³ fué un factor favorable a la ambición marroquí de tomar

³ En febrero de 1956 el Comité de Liberación del Magreb arremetió contra Ha-

parte en la Conferencia llevando de la mano a la futura Argelia. Por lo pronto, los dirigentes del F. L. N. se avinieron a trasladarse a Rabat y, de allí, a Túnez conjuntamente con los marroquíes. Es obvio recordar que los argelinos no llegaron a Túnez, lo cual provocó el fracaso de la Conferencia que pretendía ser magrebí y acortó la estancia de Mohamed V en Túnez. No obstante, antes de regresar a Marruecos, hubo una protesta conjunta contra Francia por el rapto de los dirigentes argelinos y una declaración, también conjunta, inspirada en el panmagrebismo y que anunciaba el Tratado de 30 de marzo entre los dos países (4).

El fracaso de la Conferencia prevista tuvo al menos para Tunicia una ventaja: no tomar parte en la misma en inferioridad de condiciones frente a un Marruecos más poblado, más extenso, más rico y más vinculado a la delegación argelina. De ahí que su enfado no rebasara los límites de lo correcto y admisible. Tanto que, sin desdoro, pudo en diciembre reanudar las relaciones diplomáticas con Francia. Así, de modo natural, Habib Burguiba se colocó en mejor postura que Marruecos para reivindicar el papel de mediador entre Francia y el F. L. N. Por otra parte, se preocupó de compensar en algún modo el aislamiento de Tunicia ampliando el concepto clásico del Magreb con la incorporación de Libia. Desde la cuestión de Suez las relaciones entre Egipto y este reino carecían de cordialidad, encaminándose los esfuerzos del Gobierno de Trípoli a limitar la influencia egipcia a lo cultural, con exclusión de lo político. Estos recelos, coincidentes con los recelos de Tunicia por el expansionismo de Egipto, llevaron a cimentar rápidamente la amistad libio-tunecina. A principios de enero de 1957, Mustafá Ben Halim, presidente del Consejo libio, se trasladó a Túnez. El 6 de enero se firmó un Pacto de alianza y amistad libio tunecina⁵. En la pasada primavera Habib Burguiba devolvió la visita y tomó la palabra en el Parlamento de Libia.

bib Burguiba por haber firmado las Convenciones con Francia. Meses después, hubo una protesta tunecina ante el Secretario General de la Liga Árabe en razón de las publicaciones de la delegación tunecina de tendencia yussefista de ese Comité.

⁴ En esa declaración de 24 de octubre de 1956 se leía señaladamente: "... Además, los representantes de los dos Gobiernos han convenido coordinar la cooperación entre Marruecos y Tunicia, y mantenerse en contacto permanente para concertarse sobre todos los medios propios a servir el interés de los países hermanos del Magreb, ello en espera de que sea firmado el "Tratado de Cooperación y Alianza" que los dos Gobiernos han acordado concluir."

⁵ El Pacto consta de un preámbulo y 10 artículos en que se definen las relaciones de amistad y buena vecindad entre los dos países. No deja, por otra parte, de aludir a Argelia.

En rigor, la alianza libio-tunecina tiene en la actualidad un valor sobre todo simbólico. Sin embargo, es revelador del propósito tunecino de actuar libremente y buscar en el Mediterráneo oriental un equilibrio, haciendo contrapeso a Egipto. Este es el sentido de los esfuerzos para aproximarse a ciertos países del Oriente Medio—Arabia Saudía, Irak y Líbano—, ello sin mengua del gran sueño de Habib Burguiba: ser jefe de una federación magrebí unida a Francia por lazos diversos, la famosa Federación franco-magrebí.

El viaje de Habib Burguiba a Rabat y la firma en 30 de marzo del Tratado de Fraternalidad y Solidaridad, como finalmente se ha llamado, está demasiado en la línea de los acontecimientos previstos para haber suscitado sorpresa. Sus ocho artículos no brindan ningún elemento que no reitere en forma jurídica y diplomática las fórmulas menos federativas del panmagrebismo. Es decir, que el texto signado no coincide con la afirmación lanzada por Habib Burguiba en su discurso de Casablanca: «formamos una sola y misma nación desde Túnez a Casablanca».

Cierto es que, firmado por veinte años, muchos acontecimientos pueden acaecer entre este tiempo, sea para poder aplicar prácticamente las disposiciones de este Tratado tendente a «reforzar los lazos de cooperación y solidaridad *entre los países* de Africa del Norte», sea por considerarlo rebasado por una organización unitaria del Magreb.

En el orden político, pese a la cordialidad de la recepción oficial, el Gobierno marroquí se mostró circunspecto frente al dinámico jefe del Gobierno tunecino. Por ejemplo, se inhibió de las conversaciones celebradas en Rabat por éste y los dirigentes argelinos. Esas conversaciones, por tanto, no tuvieron dimensiones de conferencia norteafricana en que esta vez Habib Burguiba hubiera podido aspirar al deseado *leadership*, basándose señaladamente en la gran actividad por él desplegada a favor de Argelia desde la ruptura de relaciones franco-marroquíes.

En esta perspectiva estimamos ha de considerarse el proyecto, alguna vez aludido por Habib Burguiba, de reunir una conferencia de países mediterráneos para resolver el problema argelino. La idea de que todos los pueblos ribereños del Mediterráneo occidental están unidos por una comunidad de intereses que, incluso, convendría enmarcar en un Pacto, no es nueva ni parte del Magreb, aunque Mohamed V la llevara en cartera al emprender su viaje a Italia y España. A este respecto es de observar que los proyectos euro-magrebíes, que incluyen junto a Francia a España y a Italia, sólo surgen en Marruecos y Tunicia cuando existe una gran tensión o ruptura con Francia.

El proyecto de conferencia apadrinado por Habib Burguiba no fué una excepción a la regla, ya que le dió carácter oficial cuando la tensión franco-tunecina de la pasada primavera llegó a su punto máximo. Lo cual prestó a la iniciativa un tono de reto o presión para que Francia entrara en razón nada coincidente con las sutilezas de la diplomacia marroquí para reanudar sin deslustre el diálogo con la antigua Protectora. La acogida que Marruecos dispensó a la invitación de Habib Burguiba fué oficialmente muy matizada, llena de reservas cortesés. Pero la Prensa, en particular *Al-Alam*, de El Istiqlal, no celó la hostilidad que suscitaba un proyecto que dejaba al descubierto el afán de Habib Burguiba de presentarse como supremo paladín de la causa argelina. La cuestión de la conferencia de países mediterráneos ha caído en el olvido diplomático, aunque no se ha de descartar la posibilidad de que resurja si los resultados a que se llegue en la Asamblea de otoño de la O. N. U. no responden a las esperanzas magrebíes. Por estos motivos lo señalamos, aparte de que es un claro exponente de la pugna entre Marruecos y Tunicia que entraña en su gestación la deseada unidad marroquí. De esta pugna, la proclamación de la República tunecina es el más reciente episodio.

La Prensa ha recogido ampliamente las incidencias pacíficas de la proclamación de la República tunecina el 25 de julio pasado. El acontecimiento era fácilmente previsible. Bastaba leer la Constitución tunecina. Por razones obvias no ha lugar de considerar este decisión en su aspecto interno⁶. Sólo intentaremos señalar importancia que tiene desde el punto de vista de la Federación magrebí. Así lo indicó *Acción*, órgano neodesturiano, días antes del histórico suceso cuando habló de la instauración de la República para «facilitar la construcción del gran Norte de Africa». En efecto, de lograr Argelia su independencia, eventualidad que no se puede descartar *a priori*, el único régimen que puede instaurarse en ese país es una República. Ello no sólo por carecer de una dinastía, sino porque tal es el propósito de todos los nacionalistas argelinos, tanto los del F. L. N. como del M. N. A. Por consiguiente, una Tunicia republicana estará en mejores condiciones que Marruecos para articularse federalmente con Argelia. Es decir, que el conjunto magrebí comprendería dos Repúblicas, notablemente influidas por conceptos occidentales de gobierno, para hacer contrapeso a una Monarquía tradicional

⁶ Imposibilitada Francia de ayudar al Soberano, cuya defensa asumió por el Tratado de El Bardo de 1881, abrogado por la concesión de independencia de 20 de marzo de 1956, cierta prensa gala tocó una elegía en honor a Lamine Bey, hablando incluso de "ingratitude histórica" ante su destronamiento.

que evoluciona con prudencia hacia la constitucional. El avance de Tunicia en el camino de la independencia y la capacidad política de Habib Burguiba son, además, factores que permiten a Turquía esperar un papel preferente dentro del grupo republicano magrebí. Finalmente y ello en lo inmediato, unidas en Habib Burguiba las funciones de Jefe del Estado y del Gobierno—posiblemente a semejanza de los Estados Unidos—, tendrá mayor fuerza para reivindicar el título de mediador en el problema argelino, pudiendo, por otra parte, tratar en plan de igualdad con Mohamed V, lo cual es una baza más para disputar a éste la dirección del Magreb. De ahí que, al margen de una ambición personal de poder, perfectamente en la lógica de un político, el cambio de régimen acaecido en Tunicia abre al país mejores perspectivas de porvenir que conservando el Belycato.

El que así sea lo demuestran las reservas, compunción y hasta enojo con que Marruecos ha acogido la decisión de la Asamblea tunecina. Es muy significativo a este respecto la ausencia del embajador marroquí de una sesión de la Asamblea en que se iba a tratar de un secreto a voces. En este orden de ideas tiene menor importancia la retirada del embajador libio ante las imprecaciones de Ahmed Ben Salah, ex secretario general del Sindicato U. G. T. T., contra las Monarquías. Ya hemos señalado lo que de artificial tiene la inclusión de Libia en el conjunto magrebí. No obstante, se evidencia cuán delicada es la situación de este país emparedado entre dos Repúblicas que aspiran a ser cabeza de un conjunto de pueblos.

Existen señales de que Mohamed V tratará de no dejarse ganar en velocidad por Tunicia en ningún terreno. Así, el reciente cambio de denominación de Sultán por Rey e Imperio cherifiano por Reino parte del deseo de modernizar—al menos en los vocablos—un sistema de gobierno, según se planeaba en los programas de Istiqlal y el P. D. I. Ahora bien, alguna de las tres tendencias que se observan en el Istiqlal no parece hacer dengues a lo que estima ser una modernización radical. Posiblemente no se resistiría, a desear al menos, la aplicación de esa fórmula a Marruecos si el régimen republicano se impusiera como la tendencia predominante del Magreb independiente en que una Monarquía correría el riesgo de ser un hecho diferencial en el conjunto. Asimismo, en la cuestión de Argelia se puede notar el esfuerzo de Mohamed V para no dejarse ganar por la mano, como se echó de ver en ocasión del discurso de 21 de julio pasado a los diplomáticos marroquíes.

Es que, en definitiva, Argelia es causa y objeto de unión, colaboración y solidaridad entre Tunicia y Marruecos. Pero es también causa y objeto de pugna y rivalidad entre las máximas autoridades de los dos países, ello por

una razón evidente: llevar el gato argelino al agua de la independencia se impone como un éxito que lleva anejo la jefatura del futuro Magreb⁷. Argelia en su situación actual es el impedimento máximo para realizar ese ideal y la verdadera piedra de toque de las relaciones franco-marroquíes y franco-tunecinas. De no ser por Argelia ya estaría hallada la fórmula que permitiría a Francia hacer una reconversión de su antigua tutela política sobre el Norte de Africa, ello consolidando de hecho sus lazos con Tunicia y Marruecos. Pero Argelia es una realidad insoslayable con la que es forzoso enfrentarse, aun sin perder de vista la Federación franco-magrebí, para cuya creación estimamos que tanto Francia como Tunicia y Marruecos están de acuerdo. De hecho, la discrepancia para su creación reside en un punto a la vez esencial y secundario: la situación jurídica de Argelia es una federación cuyos cimientos Francia está poniendo con una ayuda económica y técnica que implica sacrificios. Porque no se trata sólo de la Argelia costera, la clásica, sino también de los territorios del Sur, esos faldones saharianos que la Administración francesa otorgó a la Argelia a secas y con cuyas fabulosas riquezas se está especulando. Por ende, una federación comprensiva de un territorio francés de una extensión de 2.204.864 kilómetros cuadrados, con un subsuelo riquísimo, sería algo radicalmente distinto de un Magreb comprensivo de tres Estados independientes y federados entre sí que libremente acuerdan constituir con Francia, replegada al otro lado del Mediterráneo, una especie de Commonwealth. Por tanto, conseguido el tácito acuerdo de que el Magreb federado se federe a su vez con Francia, queda pendiente de resolución el fundamental detalle de la dosis de Magreb y la dosis de Francia que entre en la fórmula. La Loi-Cadre para Argelia, en que se afana el Gobierno francés a finales de agosto, aparece como un complejo de ambos ingredientes destinado a ser un sustitutivo aceptable de la independencia y una atenuación jurídica de la soberanía francesa en ese territorio, recusada por Tunicia y Marruecos⁸.

⁷ Las bases americanas en Marruecos, cuya situación sigue sin resolver, pudieran ser un argumento que inclinara a Estados Unidos a apoyar los deseos marroquíes de jefatura del Magreb futuro. Ciertamente es que Tunicia tiene la base de Bizerta. Francia la ocupa. Es posible que aparte de exigir Tunicia su evacuación para afirmar su soberanía, exista en reserva el propósito de tener algo por ofrecer en su día para obtener un apoyo de la misma Francia con vistas a la codiciada jefatura.

⁸ Aunque actualmente M. Pierre Mendès-France sea una figura muy desdibujada en el panorama político francés, señalamos que a finales de julio se dió cierta publicidad a su plan para sacar del atasco a la cuestión argelina: entablar negociaciones con Ma-

De ahí que todo lo relativo a Marruecos y Tunicia, a las relaciones que mantienen entre sí y a las que tienen o dejan de tener temporalmente con Francia, deben considerarse en función mediata de un Magreb o federado o unificado, pero en algún modo unido a Francia e inmediata de Argelia. Una Argelia jurídicamente nonata, pero real, cuya postura ante los proyectos franco-magrebíes varía sensiblemente según se la enfoque del lado del F. L. N. o del lado del M. N. A. ⁹. Pero esta es otra historia, diría Kipling.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA.

rruecos y Tunicia como primer paso hacia una Federación. Es de observar que el plan Mendès-France es como un eco de las ideas muchas veces expuestas por Habib Burguiba respecto a la Federación magrebí.

⁹ Aun cuando el F. L. N. tiene mucha mayor audiencia internacional que el partido rival, estimamos que no se debe minimizar, hasta reducirla a cero, la actividad y fuerza del M. N. A. Controla diversas regiones argelinas y cuenta numerosos partidarios entre la emigración argelina a Francia, donde recientemente ésta ha creado un sindicato de tendencia M. N. A. (C. S. T. A.) que dice contar con 75.000 adheridos.

